



www.centro-pignatelli.org



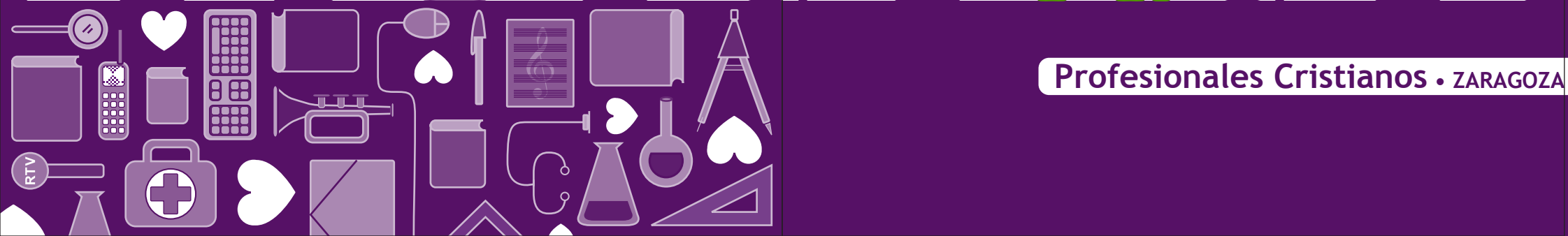
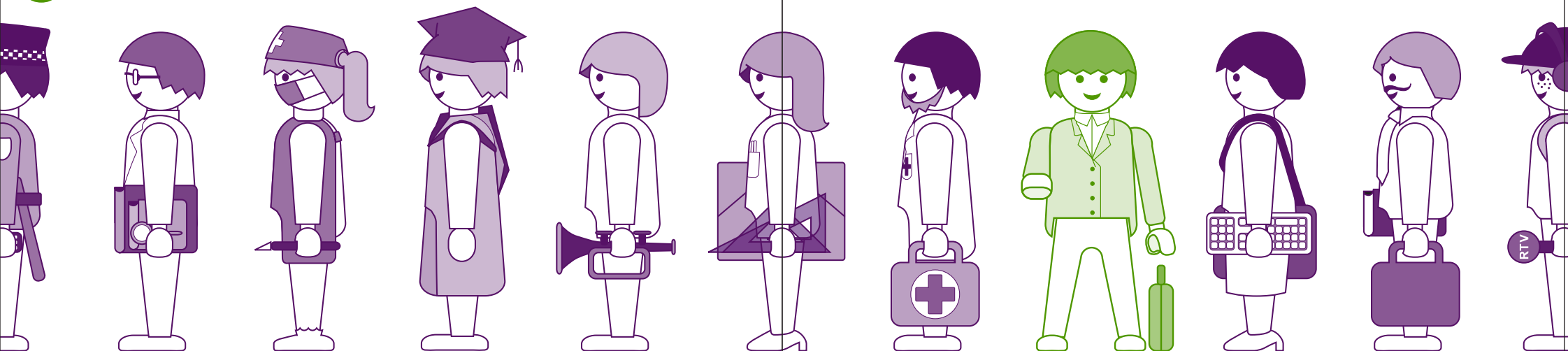
Profesionales Cristianos

www.profesionalescristianos.com

¿cómo trabajar hoy con vocación?

PROFESIONES CON SENTIDO

Augusto Hortal S.J.



Profesionales Cristianos • ZARAGOZA

Índice

1 • Presentación	5
2 • ¿Cómo trabajar hoy con vocación? Profesiones con sentido	7
• El trabajo	9
• La profesión	10
• Profesión y vocación: una relación problemática	12
• Profesión y vocación: una relación necesaria	15
3 • Diálogo	18

Edita: **Profesionales Cristianos Zaragoza** • Plaza de la Seo, nº 6 • 50001 Zaragoza •
pxzaragoza@terra.es • www.profesionalescristianos.com •

Imprime: Papelería e imprenta Germinal • Junio 2007 •

Diseño de portada y maquetación: María Velázquez •
Impreso en papel y cartulina reciclada •

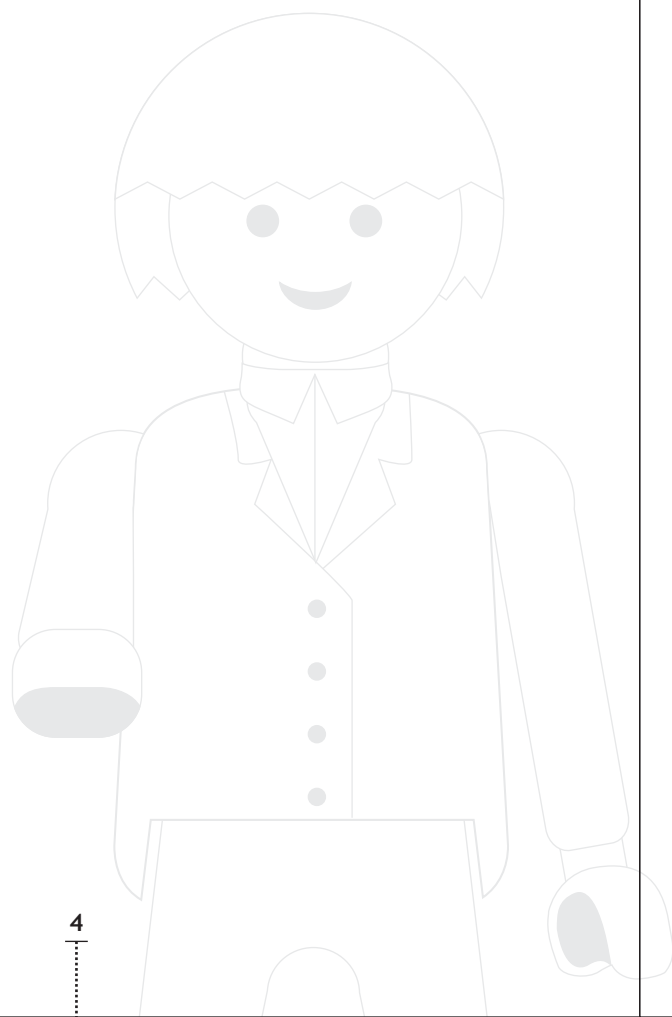
Hace cuatro años echa a andar el proyecto del Movimiento de Profesionales Cristianos en Zaragoza, queriendo, dentro de nuestras posibilidades, ser voz de las profesiones en la Iglesia diocesana, y ser voz de la Iglesia en nuestro espacio profesional.

Profesionales Cristianos es un movimiento de Acción Católica, entre cuyos objetivos figura la presencia cristiana en el mundo de la cultura y de las profesiones, y el diálogo entre las visiones religiosas y no religiosas de la vida desde el mutuo respeto. Creemos necesario el diálogo entre la fe y la cultura como un cauce más de transformación de la realidad, a la que queremos humanizar.

Con este fin, el 14 de febrero de 2007 realizamos una Jornada de Ética Profesional, bajo el mismo lema que titula este documento que ahora está en tus manos. En él se recoge la charla que constituyó el núcleo de aquel encuentro, así como el diálogo posterior a ella. Aprovechamos de nuevo esta ocasión para agradecer al profesor Augusto Hortal el ayudarnos a recorrer este camino, y al Centro Pignatelli de Zaragoza, en especial en la figura de Julio Colomer, por abrirnos amablemente las puertas de su casa y compartir la ilusión por este proyecto.

Por supuesto, agradecemos también su interés a las más de doscientas personas que nos acompañaron en aquella ocasión, cuya presencia nos hace ratificarnos en que merece la pena trabajar en este ámbito de lo profesional.

Esperamos que este documento, como medio de formación y reflexión, contribuya en alguna medida a aclarar cuál es la misión social y ética de las profesiones, y a profundizar en la vocación como sentido que tiene la profesión para el que la ejerce. Nuestra intención es continuar realizando jornadas o actividades semejantes, y confiamos en que podamos seguir contando con tu interés. Que nuestros caminos vuelvan a cruzarse pronto...



Presentación >>

Las profesiones son algo más que un medio para ganarse la vida, pretenden construir una sociedad mejor. Para ello se necesita un tipo de profesional que se identifique y comprometa vocacionalmente. Como dice Robert Bellah en *Los hábitos del corazón*, el profesional vocacionado vive para su profesión y no sólo de su profesión, porque la profesión implica al que la ejerce. El profesional vocacionado hace profesión de un modo de ser y de vivir.

Pero la idea de vocación es difícil de comprender en una sociedad como la nuestra, que es mercantil, compleja, utilitarista. Y sin embargo, el trabajo constituye una parte relevante de la vida de las personas. Puede y suele ser vivido como una fuente de sentido o sinsentido. Por eso, sin caer en idealismos, la pregunta sobre la dimensión vocacional de las profesiones pone sobre la mesa el sentido de lo que hacemos cuando trabajamos. Un sentido que vaya más allá de la mera consideración del trabajo como simple inserción social, y que a la vez que contribuye a la sociedad haciendo lo que ella demanda o valora proporcione a cambio a quien lo hace retribución económica, localización, identidad, estima social.

Por todo ello surgen preguntas como éstas: ¿qué significa vivir la profesión como vocación?, ¿cómo encontrar el sentido de lo que hacemos?, ¿qué pistas se pueden apuntar para ir configurando una ética profesional más humana y más humanizadora?

Para responder a estas preguntas y otras enlazadas con ellas, contamos con el profesor Augusto Hortal. Jesuita, extremeño, realizó sus estudios en la facultad de Alcalá de Henares y obtuvo la licenciatura de Teología en Sankt Georgen, en Frankfurt. Posteriormente realizó el doctorado en Filosofía en la Universidad de Munich, en torno a las pretensiones normativas en la sociología del conocimiento de Karl Mannheim. Augusto Hortal es, desde 1974, profesor de Ética y Filosofía

Práctica de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad Pontificia de Comillas de Madrid. En ella ha desempeñado diversos cargos: Director del Departamento de Antropología y Ciencias del Hombre, Vicerrector de la Universidad, y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras.

Tiene numerosas publicaciones. En sus múltiples libros y artículos sobre ética aplicada, reflexiona sobre problemas muy actuales que abarcan, por ejemplo, desde *Los cambios de la ética y la ética del cambio*, o *El sujeto humano en la ética en la era tecnológica*, hasta *Bioética: de lo factible a lo vivible*, o *La justicia entre la ética y el derecho*. En los últimos años se viene ocupando de la ética las profesiones. Como él afirma, por las aulas y pasillos de la Universidad pasan los futuros profesionales y de su competencia, honestidad y sentido social, depende en gran medida el nivel de justicia, libertad y prosperidad de la sociedad en la que van a ejercer como profesionales. A la ética profesional se ha dedicado con ahínco y en este campo ha publicado *La ética profesional en el contexto universitario*, *Ética general en las profesiones* y dos libros de actas de sendos simposios sobre *Ética de las profesiones* y *Ética de las profesiones jurídicas*.

Augusto Hortal es, por tanto, un hombre que no sólo ha pensado mucho sobre el tema sino que en él ha puesto su corazón, y fue una suerte haberlo tenido entre nosotros y que con sus palabras y autoridad, nos ayudara a reflexionar sobre cómo trabajar hoy con vocación y a aclarar cuál es la misión social y ética de las profesiones para que éstas se vivan con sentido. Desde estas líneas reiteramos nuestro agradecimiento por la aceptación de la invitación que le hicimos, y por el esfuerzo de acompañarnos.

Julio Colomer, S.J.
Centro Pignatelli
Zaragoza

¿cómo trabajar hoy con vocación?

PROFESIONES CON SENTIDO

A u g u s t o H o r t a l

En primer lugar, decir que éste de la ética de las profesiones es un tema difícil, en gran medida porque nuestra sociedad es refractaria a la ética: se habla mucho de ella pero no es fácil que la ética penetre en las personas. Es decir, parece que socialmente preocupa que se hable de ello, pero sin que eso llegue a configurar modos de actuar.

El tema que me han propuesto para esta charla es casi la “guinda” de la cuestión. Normalmente se comenzaría por un planteamiento más descriptivo de las profesiones (y algo tendremos que decir para aclarar de lo que hablamos), o bien por exponer cuáles son los compromisos y las responsabilidades principales de los profesionales y cuáles son los criterios por los que se tiene que regir una actuación profesional. Y aún más allá, cabría hablar de cómo se inserta el trabajo profesional y la responsabilidad profesional dentro de las organizaciones, siendo como es hoy el profesional liberal una excepción, y el profesional que trabaja en empresas, instituciones, organismos, la norma. El profesional está hoy en una mayor dependencia del contexto de lo que pudo estar, por poner un ejemplo, el clásico médico rural en mitad del siglo XIX. Un médico que ejerce ahora dentro de un hospital de la Seguridad Social lo hace con unos horarios, en un organigrama, dentro una especialidad concreta, etc. Son situaciones muy diferentes.

Pero bien, de nada de eso vamos a hablar directamente, sino que nos enfocamos hacia el núcleo de la cuestión, que es el tema de la relación vocación-profesión.

Eso sí, no me gustaría abandonar la realidad. No quiero dibujar una imagen de ensueño de lo que podrían ser las profesiones en nuestras aspiraciones ideales. Me gustaría captar todo lo que en esta sociedad hay de dificultad para vivir la profesión como vocación, y hacerme eco también de las resistencias y las críticas que hay frente esa terminología y que en alguna medida comparto. Pero sin embargo me gustaría también insistir en la necesidad de que existan profesionales

verdaderamente vocacionados, comprometidos con lo que es la quintaesencia del ejercicio profesional. De que esto suceda dependen otras muchas cosas, por supuesto para la profesión, por supuesto para quienes se benefician de ella de manera más inmediata, los clientes, los usuarios, pero quizás mucho más todavía, en esta hora, para la misma sociedad. Para una sociedad que utiliza a los profesionales pero que, de alguna manera, después no quiere saber nada del compromiso que ellos tienen. Por eso el tema de la vocación no es meramente un tema ilusorio sino un tema provocador.

El trabajo

Todo trabajo, profesionalizado o no, se lleva la mayor parte de nuestro tiempo, de nuestras energías, de nuestras capacidades aprendidas y ejercitadas. Sin embargo, en la sociedad actual, el trabajo es para muchos fuente de frustraciones, de amenazas, de alienación, de explotación, de insatisfacción... Pero, eso sí, que no falte. Porque por mal que le vaya o mucho que se queje alguien, lo peor que le puede suceder es quedarse sin trabajo. Y esto tiene algo que ver con la situación en la que hoy se encuentra muchas veces el que trabaja: se tienen unas capacidades, unas ilusiones, se aprendieron unas cosas, hay un proyecto de vida... pero no hay “hueco”. A veces nadie demanda lo que una persona puede ofrecer, y entonces, si obtiene cualquier tipo de trabajo, se tiene de forma precaria, o de forma algo más estable

pero poco a poco. ¿Puede hablarse de vocación y profesión cuando hay tanta inestabilidad? Es bien problemático, es bien difícil. Hay que hablar de vocación, pero no perdamos de perspectiva que a veces se posibilita, pero en otras ocasiones no se hace posible.

El trabajo es el medio de vida normal de las personas que no viven de rentas. Es curioso pero, en la historia de las profesiones, los profesionales de hace siglos eran precisamente una capa intermedia entre los asalariados, que trabajan para otros y reciben su medio de vida de esos otros para los que trabajan, y los que vivían de rentas. El profesional no dependía de otros, trabajaba por su cuenta. No recibía un salario, sino honorarios. Y a él acudían tanto los que vivían de rentas como los asalariados. Hoy eso no es así, o al menos no en la inmensa mayoría de

los casos. El profesional se gana también la vida trabajando, y esa es una dimensión necesaria, una dimensión siempre presente, pero a veces casi sólo la única.

El profesional es aquel que tiene un conjunto sistemático y relevante de conocimientos y destrezas

Y sin embargo, el trabajo, en segundo lugar, es también fuente de identidad social. Somos lo que hacemos. Somos profesores,

La profesión

En cuanto al trabajo profesionalizado, hay distintas maneras de entender lo que es una profesión. Hay una cierta tendencia a ver las profesiones, unas veces como algo muy restringido y otras como algo muy amplio, como si todo trabajo estable fuese una profesión. Hay razones para lo uno y para lo otro. Pero aquí queremos ofrecer una noción de práctica profesional que nos permita también explicitar los aspectos vocacionales.

El primer elemento de una profesión es el distinguir entre expertos y no expertos, entre expertos y legos. El

trabajadores sociales, periodistas, ingenieros, médicos, abogados, jueces o cobradores del frac. El trabajo se ejerce con otros, se ejerce para otros. Hay una estimación social sobre los roles que se desempeñan y eso da identidad, y precisamente el que se queda fuera del mundo laboral pierde algo de esa identidad, no se sabe dónde está, no es meramente que no tenga medios, de hecho a veces los tiene, pero no tiene forma de insertarse en esta sociedad, no tiene sitio, nadie quiere lo que esa persona ofrece.

profesional es alguien que sabe hacer ciertas cosas que no sabe hacer el que no es profesional: porque se ha preparado, etc. Ese “ser experto” se basa en primer lugar, en el caso de las profesiones, en un conjunto sistemático de conocimientos (esa es la diferencia para distinguir entre profesiones y oficios). Es decir, no se trata meramente de saber hacer cosas, de arreglar un grifo como se suele arreglar un grifo, de construir un mueble como se suele construir un mueble, de conducir un autobús como se suele conducir un autobús en la ciudad, etc., sino que se dispone de un conjunto sistemático de conocimientos sobre lo

que es relevante para el bien o servicio que proporciona esa profesión. El médico no es meramente alguien que hace rutinariamente unas cosas sino que tiene detrás un bagaje de conocimientos. El abogado no es alguien que meramente resuelve trámites que se le van presentando y va adquiriendo un poquito de experiencia de manera rutinaria, sino que es alguien que ha estudiado derecho. Y así el periodista, el farmacéutico, etc.

Además, como segundo elemento básico que define las profesiones, un profesional no es meramente un teórico, sino que es aquel que tiene también un conjunto de destrezas, de capacidades adquiridas para poder hacer un conjunto de cosas. Un conjunto también sistemático y relevante, ya que no es meramente el habilidoso que sabe hacer una cosas y la sigue haciendo siempre.

Debe existir un compromiso con la mejora de la prestación de los servicios profesionales.

Pero hay aún un tercer elemento que es aún más nuclear. El profesional tiene un compromiso con resolver determinado tipo de problemas, proporcionar determinado tipo de bienes y servicios, desde un intento de aplicar esos conocimientos y esas destrezas a

las mejoras de esa prestación y ese servicio. Las profesiones tienen una larga historia y no se entienden sin esa historia. No se pueden resolver los problemas de hoy de la misma manera que hace cincuenta o cien años. Ni en ingeniería, ni en medicina, ni en periodismo, ni en transporte...

Sobre este compromiso de mejora, que es enormemente central en la profesión, se sustentan otras dos cuestiones muy relevantes para el tema que nos ocupa. En primer lugar, una “comprensión local”, un saber lo que se trae entre manos. Es decir, el ingeniero sabe lo que es la técnica, y aunque quizá no sepa disertar, sí sabe resolver bien un problema técnico. El médico tiene que saber también lo que es curar, qué es cuidar la salud, aliviar el dolor... En el bien interno reside la grandeza y también el límite de las profesiones. Los profesionales no sólo son gente que saben hacer cosas sino que saben decir en qué consiste esa profesión y cuándo las cosas están bien hechas. Es decir, tienen criterio, un criterio que no es necesariamente compartido con el resto: Lo que se sabe de medicina lo saben los médicos, o al menos algunos médicos; y si algunos otros no lo saben, tendrán que ser otros médicos quienes digan que algo se debe hacer de otra forma. Y quien dice médicos, dice abogados, jueces, periodistas...

Pero, además, hay también en el profesional una “comprensión global” de lo que significa la propia profesión y los bienes que en ella se encierran para el conjunto de la vida humana, para el conjunto de la sociedad, y también para la propia vida de la profesión. ¿Qué significa el derecho para la sociedad?, ¿qué significa el derecho para el usuario que necesita

ser representado o defendido?, ¿qué significa el derecho para el mismo profesional del derecho? Esta sería la comprensión global, que en el fondo integra la comprensión local, ceñida a los límites de la propia profesión, dentro del marco de la vida humana de la sociedad, la de los individuos, y la del mismo profesional.

Profesión y vocación: una relación problemática

Pudiera parecer, y a veces se plantea así, que la palabra “profesión” fuese una expresión más secular y “vocación” fuera una especie de lenguaje religioso para hablar de lo mismo, una especie de “echarle agua bendita” a las profesiones. Pero la realidad es que las dos palabras tienen origen religioso. “Profesar” es profesar un modo de vida, y la profesión religiosa es la primera en la historia. Con “vocación” sucede lo mismo. Es Lutero, en su traducción de la Biblia, quien introduce la palabra “vocación” para hablar de los oficios y los trabajos que llevan a cabo las personas no necesariamente consagradas (concretamente en los libros sapienciales, en un pasaje muy comentado después por sociólogos como Max Weber, que de hecho

introduce ese elemento en su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*). De la misma manera que el monje profesa un tipo de vida consagrado a Dios, también el seglar, el hombre no comprometido por votos, consagra su vida dentro de su propio oficio. A resultas de todo esto, se adquiere una visión del compromiso con el propio trabajo enormemente impregnada de religión y de fe. Estamos hablando de otros tiempos, muy distintos de los actuales.

Actualmente, por parte de los sociólogos hay una cierta reticencia, justificada en gran medida, a hablar sobre las profesiones en términos religiosos o dándoles de alguna manera una especie de halo religioso. En primer lugar porque se considera que

eso sería una especie de legitimación de un poder profesional. Algunos autores hablan incluso del “poder sacerdotal” de los profesionales. ¿En qué consistiría este poder? El profesional es alguien que dice cómo son las cosas, que define el marco de la normalidad o la anormalidad y lo que se debe hacer en una situación determinada. El profesional dice, por ejemplo, si fumar es sano o no, o a partir de qué momento la cantidad de alcohol en sangre es incompatible con una capacidad de reacción suficientemente ágil frente a un obstáculo al estar conduciendo. Podría decirse que, de alguna manera, el profesional “etiqueta”, o tiene un poder configurador sobre la realidad al dar definiciones sobre ella. Y no lo entendamos necesariamente como negativo, para eso se tiene de hecho a los profesionales, para saber “qué pasa”, como cuando un médico diagnostica una enfermedad concreta en lo que hasta entonces sólo era un dolor. Pero si además de esto se habla de lo profesional con un lenguaje religioso, eso hace que el poder profesional aparezca aún más ungido y por eso se le critica.

La segunda de las críticas frente al poder profesional y al uso de lenguaje religioso en el ámbito profesional atiende a lo que éste tiene de idealización, cuando el trabajo hoy es

cualquier cosa menos ideal. Nos encontramos, como fruto de la tecnificación, con que hay una división social del trabajo tal, que si hiciéramos una encuesta preguntándole a la gente qué hace de verdad, obtendríamos probablemente respuestas muy banales, o incluso algunas veces, seguramente, las personas no sabrían a qué están contribuyendo con lo que hacen. Es tal la fragmentación que a una persona sólo se le pide que lleve algo de aquí a allí, pero, ¿se puede poner en ello el sentido de la propia vida? ¿A la cantidad de horas que pasamos los profesionales ante el ordenador se le puede dar un carácter religioso, profundo, cuando, bien mirada, nuestra profesión va siendo cada vez más eliminar los correos basura? Así es imposible identificarse con algo lleno de sentido, y de ahí esta crítica sobre la idealización.

Hay vocación en la profesión cuando nos identificamos con lo que hacemos y le damos sentido

En tercer lugar, otro elemento de crítica se dirige contra un lenguaje que parece ser o puede querer ser elitista. El profesional se distancia del que no lo es. No nos referimos al sentido de la excelencia, sin el cual las profesiones no se entienden (y de hecho es un problema el que en ocasiones esté faltando): cuando alguien realmente

quiere saber de verdad qué es lo que hay que hacer con el caso de una persona cercana, si le pasa esto o lo otro, no le basta con el parecer de un profesional cualquiera, sino quiere saber qué piensa el médico, y mejor aún si es una autoridad en la materia, y de nuevo, esto mismo esto puede decirse también en términos de juristas, de arquitectos, de psicólogos, de periodistas... Pero evidentemente, más allá de la excelencia, nos referimos en esta posible crítica al hecho de que las profesiones proporcionan un estatus social, que no es el mismo para cualquier trabajo. Aún cuando cada vez sean más las profesiones a las que se accede a través de la universidad, la posesión de un título universitario sigue suponiendo una cierta jerarquización social, un cierto elitismo. ¿Se puede vivir vocacionalmente un trabajo de portero, de conductor de autobús, de cobrador del frac...? La cuestión sobre el elitismo queda en el aire. Ahora bien, en nuestra opinión se puede y hay quien lo vive así. No todas las profesiones lo facilitan de la misma manera, pero también se puede vivir cada uno de estos trabajos con sentido.

Por último, antes de entrar en los aspectos positivos, abordemos también un malentendido que puede existir cuando se habla de vocación en relación con la profesión. Una manera

clara de decirlo es aludir a una película bien conocida. Se piensa que tener vocación para ejercer una profesión fuese algo así como ser un "Billy Elliot". De la misma manera que un niño irlandés, que nace en un ambiente sórdido, tiene el baile dentro del cuerpo y lo lleva adelante contra viento y marea, y logra llegar a ser un bailarín, tendemos a pensar que la vocación es algo que uno tiene muy dentro, que de pronto sale y que todo el mundo termina por reconocer. Este tipo de vocación puede existir, pero seguramente es muy minoritario y en la mayor parte de las ocasiones produce confusión.

Tener vocación para ejercer una profesión no significa que el mundo me permite realizar mis sueños de adolescente, esos que he soñado al margen del mundo. La vocación viene en parte de dentro, pero en parte de fuera. Es algo que nace del interior, que uno busca, pero a veces también puede llegar a través de los acontecimientos que ocurren en la vida, que hacen descubrir un sentido en eso que inicialmente no parecía que lo pudiera tener. Para ilustrarlo, podríamos hacer un símil con la relación de pareja. Existe el enamoramiento de adolescente, pero eso no conduce a mucho hasta que no hay un reconocer a la persona que realmente quiero querer, y que es ella

la que me ha hecho quererla. Algo de esto puede suceder también con la profesión: un licenciado en derecho todavía no es un abogado, un licenciado en farmacia todavía no es un farmacéutico, sino que es en el momento concreto del ejercicio donde se sabe si realmente hay o no hay vocación. No es cuestión de conseguir que el mundo responda a planteamientos hechos al margen de él, sino encontrar que hay un sitio en el mundo que es el tuyo. Y que ese sitio es el que se quiere. Pero, naturalmente, hay que ser muy

modesto al hablar de profesión y vocación, porque a veces uno consigue estar en su sitio y a veces sólo se consigue tener un sitio donde conseguir trabajar y donde paguen algo, mientras las ilusiones se ponen en otro lugar.

Además, no todas las profesiones se prestan al mismo grado de identificación con ellas. Hay gente que tiene un trabajo, y hay gente que es profesional, y entre lo uno y lo otro se dan grados. Pero eso no sólo depende de las profesiones y las situaciones, sino también de las personas y de cómo se implican...

Profesión y vocación: una relación necesaria

¿Por qué hay que hablar de vocación al abordar el tema de las profesiones? En primer lugar porque realmente podemos buscar el sentido que tiene lo que hacemos. Y ese sentido puede requerir de nosotros implicarnos; queremos ser personas que se implican en el mundo. Eso a veces puede ser difícil, pero captar el sentido, entender lo que está en juego en lo que hago, saber para qué y para quién lo hago, quién se beneficia de que yo lo haga bien,... eso ya es algo que permite identificarse con la profesión. Esto a veces es más fácil y a veces menos, y esta sociedad no lo facilita.

Existe también la posibilidad de comprometerse con la profesión. Es decir, la profesión no sólo es un algo que tiene sentido, que está fuera y a lo que yo contribuyo, sino que es algo que me implica. Hay profesión vivida como vocación en la medida en que uno se identifica con lo que hace, en la medida en que la profesión no te pasa por fuera, sino que te constituye, y no meramente en unas horas que dedicamos al trabajo, sino que te da una identidad y una trayectoria que, naturalmente, supone cierto grado de continuidad. En un libro que ha hecho mucho furor (aunque no es un gran

libro), *La corrosión del carácter* de Richard Sennet, se plantea precisamente lo contrario de lo que decía Max Weber sobre “el espíritu del capitalismo”, a propósito de la capacidad de identificarse con una tarea desde una motivación interna. La “corrosión del carácter” surge del hecho de que hoy una persona está trabajando en una cosa, mañana en otra, pasado mañana en otra. Sin embargo, nadie puede tener una profesión cada semana: se necesita continuidad. Y la precariedad laboral y los cambios hacen que eso no sea fácil. Pero esto no debe hacernos olvidar que existe otra posibilidad: la de la persona que a través de distintas experiencias va sacando un hilo conductor en su vida y va haciendo de eso un capital de motivaciones que poner al servicio de nuevas tareas y donde puede ir encontrando su propia identidad y su propia vocación. Eso es hoy posible, y no sólo es posible sino que es buscado.

Realmente la profesión vivida como vocación es enormemente importante para esta sociedad. Puede ser muy difícil, pero es importante. Esta sociedad necesita juristas que crean en el derecho, y no meramente en aquello que se puede hacer con el derecho a favor de unos o de otros. Y esta sociedad necesita periodistas que crean en la información. Y esta sociedad

necesita también arquitectos que crean en las soluciones habitacionales y que no sólo hagan “cosas” para exponer.

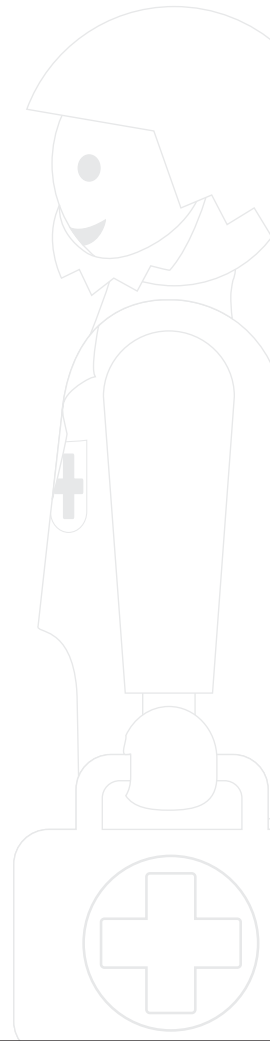
Los profesionales pueden poner límites a los poderes económico y político

Es importante porque los problemas que tiene planteados esta sociedad, por una parte, son problemas que no se pueden solucionar sin los profesionales. Por otra parte, los profesionales son quienes pueden poner ciertos límites a los dos grandes poderes que están configurando la sociedad actual: el dinero y el poder político. Si realmente hay que poner límites tiene que ser por la vía del “ser experto” (hablando en términos generales), por la vía de la identidad, del compromiso con los bienes internos de las profesiones, lo cual supone un compromiso social. ¿Por qué cuando se habla de sociedad civil no se habla de las profesiones? Probablemente porque las profesiones se han asimilado demasiado a los factores dominantes...

Para terminar, decir que la profesión, que puede ser fuente de identidad cuando se vive como vocación, realmente tampoco lo es todo. Más allá del trabajo, hay que proclamar que lo más importante es la “fiesta”. Y estamos perdiendo el sentido de fiesta, que consiste en reunirse para celebrar

la vida, de una u otra manera. Decía Zubiri que a los hombres se les conoce por lo que hacen los días de fiesta. A lo mejor se nos conoce porque descansamos, paseamos por los centros comerciales con el jersey sobre los hombros y compramos cosas que no necesitamos (la gran fiesta del consumo), pero, ¿sabemos festejar? Para poder festejar hay que vivir. Para poder vivir hay que trabajar, hay que

haber hecho otras cosas. La fiesta recibe su contenido del conjunto de la vida, pero ella le da también un marco a esas otras cosas, y eso es importante porque por ahí va el sentido. Y algunas encuestas sociológicas dicen que realmente, a quiénes encuentran sentido a sus vidas, les cuesta menos incorporarse al trabajo el lunes por la mañana.



Diálogo >>

A continuación se recogen las diversas preguntas que se le formularon al ponente tras la charla, por el interés que este diálogo tiene para ilustrar algunas cuestiones más concretas sobre el sentido de las profesiones y el modo de situarse dentro de ellas.

Pregunta (P.): **Juan Pablo II, en la encíclica *Laborem exercens*, habla de “trabajo en sentido objetivo” y de “trabajo en sentido subjetivo”, dentro del cual está la llamada a que sirva para la propia perfección humana. ¿Qué podría decir sobre esto?**

Respuesta (R.): *Creo que es importante que el trabajo no se contemple únicamente desde su funcionalidad (que en muchos casos hasta podría cubrir una máquina), dejando al margen a la persona que lo hace. Hay un sujeto que realiza un trabajo y debe ser reconocido como tal, y ese sujeto debe poder realizarse trabajando, debe poder ver un sentido a eso que hace. El trabajo no implica meramente lo que se hace, sino también cómo se va forjando la propia trayectoria. Al mismo tiempo, no creo que el trabajo sea únicamente un espacio para perfeccionarse uno a sí mismo. De hecho, no se perfecciona el que sólo piensa en sí mismo, sino aquel que genera un servicio, una riqueza, una convivencia, etc.*

Lo objetivo y lo subjetivo del trabajo son dos dimensiones difíciles de separar, y hay que combinar las dos, de forma que se potencien una a la otra, aunque no siempre es así. Decían los alemanes, en la época de la inmigración española, que “queríamos traer mano de obra y nos vinieron personas”. Pensemos también en nuestros emigrantes recientes, que no son sólo mano de obra con capacidad de hacer cosas en la construcción o en el cuidado de las personas mayores o de los niños, sino que son personas que tienen su historia, sus afanes, sus deseos, proyectos, tragedias, ilusiones. Esas dos dimensiones me parecen inseparables, pero sí distinguibles. Ojalá una sirva a la otra y no lo contrario, que es lo que desgraciadamente sucede muchas veces.

P.: **En medio de esta sociedad de mediocridad, de resultados, de comercializaciones, de precariedades, etc., ¿cómo encontrar la menor frustración posible, un punto de sentido en aquello en lo que invertimos ocho horas diarias?, ¿qué es lo que podemos hacer para no hacernos demasiado daño?**

R.: *Lo primero que hay que hacer es hablar de ello, del problema que tenemos, hablar con normalidad con quienes tienen el mismo problema y viven en el mismo contexto. Naturalmente, no se puede dedicar la jornada laboral a eso ni hablar sólo en términos de queja, sino también en términos de propuesta, de alternativas etc. Además, hay que ser prudente, discernir cuándo es bueno hablar, con quién hablar, y de qué hacerlo.*

Por ejemplo, me parece que merece la pena hablar con los compañeros del grado de percepción de lo que está en juego en lo que hacemos. Recuerdo una reunión en la que pedí a la gente que se presentase, pero diciendo no su nombre sino qué se jugaba en lo que hacía. Una chica que trabajaba en la contaduría de una delegación de hacienda, lo dijo muy brevemente pero con mucha claridad: “trabajo para que las cuentas estén claras y con suficiente diligencia para que las firmas estén recogidas y la gente cobre a tiempo a fin de mes”. Esta persona no es un héroe, pero es lúcida y sabe lo que hay de importante en lo que hace y su sentido, y me imagino que, si hace las cosas medianamente como piensa, sentirá la satisfacción de haber hecho lo suyo.

En otra ocasión me pidieron que fuese a un hospital de Madrid para unas charlas sobre la profesión con un grupo de enfermeras. Ellas propusieron el tema de la clonación, aunque no tenía nada que ver con lo que hacían cotidianamente en su profesión. La idea que quiero ilustrar es que a la hora de abordar la ética no es bueno hablar en tercera persona, sino de lo que se vive.

En relación a lo que pueden ser propuestas, creo que uno de los elementos de frustración es que el trabajo nos lleva la mayoría de las veces a hacer lo que otro ha pensado que hagamos. En la vida profesional hay momentos difíciles y otros más fáciles. Me da la impresión, por lo de que percibo, que el momento de mayor propuesta “revolucionaria” es el momento en que se tiene menos poder, y que el momento en el cual ya se tiene poder es aquel en el que ya no se tienen ganas de proponer ni cambiar nada.

Guardemos algunas ganas para dentro de diez años, para cuando tengamos algún poder para pensar lo que otros han de hacer, y entonces, en vez de decirles a los que vienen detrás que hagan lo que les dicen, dejémosles también soñar y proponer.

P.: *¿Podría profundizar en la relación entre las profesiones y lo que pueden aportar a la construcción de la sociedad?, ¿no sería la misma profesión, eso que hacemos todos los días, un lugar de incidencia para ir haciendo otra sociedad diferente? Y, ¿qué papel puede jugar ahí la acción colectiva en el nivel profesional, a través de colegios profesionales, etc.?*

R.: Estimo que los colegios profesionales tienen algo más importante que hacer que normas internas. Respetando que tenga que haberlas, o que defiendan los intereses profesionales o persigan el intrusismo, que también habrá que hacerlo. Pero, ¿realmente los colegios de médicos no tienen nada que decir sobre el tabaco, el vino, los accidentes, etc.? ¿los colegios de abogados no tienen nada que decir sobre la juridificación de esta sociedad que quiere resolver todo a base de pleitos? Será difícil que sus miembros se pongan de acuerdo en algunas cuestiones, pero si lo logran, o al menos si hay debate sobre ello, pueden decir alguna palabra autorizada a la sociedad sobre determinados temas (por supuesto, evitando el riesgo de pretender convertirse en el parlamento que legisle sobre ello). Otro ejemplo: sería interesante, a la hora de posicionarse sobre el trasvase del Ebro, saber qué metros cúbicos hay y si se pueden utilizar en un año de sequía. Hay cuestiones que son ideológicas, otras que son simbólicas, pero también hay otras que deberían objetivarse, como el volumen de metros cúbicos de una cuenca en año de sequía, en año de abundancia de lluvia y en años intermedios, porque esos son datos.

Creo que hay mucho que hacer desde el ámbito de las profesiones en la sociedad civil, porque hoy los profesionales se están dejando utilizar por esta sociedad pero no están articulando sus propuestas específicas y sus debates. Insisto en que no defiendo que sean sólo los profesionales quienes opinen, ni “desde arriba”, pero sí debería haber debates y pronunciamientos profesionales sobre urbanismo, sobre el problema de la vivienda, sobre la legislación, sobre la sanidad, sobre el medio ambiente, de modo que hubiese determinadas cosas que fueran apoyadas o refutadas desde el saber.

P.: *¿Cómo consideraría la política?, ¿es una profesión, una vocación, un modus vivendi?, ¿tendría que tener relación con la ética?*

R.: La ética no es política, no tiene una dimensión política porque la política no es ética. Pero la política que hoy se hace no es suficientemente ética, porque la ética que hoy se hace está muy de espaldas a la política y está soñando mundos y no diciendo lo que es factible.

Dicho esto, creo que es importante que dignifiquemos la actuación política por encima de quien la hace. La vocación política existe, indudablemente. Hay políticos “pura sangre”, que pueden perder la vida pero que viven para la política. No son los peores, y a veces algunos están “arriba”. ¿Y el político “profesional”? Se puede entender también como alguien que hace del trabajo en la política su propia profesión. Aunque eso es ambivalente: puede ser necesario que haya gente que se dedique a eso, pero también está el peligro de que gente que no tiene otra alternativa profesional diga a todo amén. Las oligarquías de los partidos se basan en que, realmente, el que se mueve “no sale en la foto”, pero tampoco puede ser que los profesionales pasen sólo temporalmente a la política, porque hay cosas en ella que requieren más continuidad, más capacidad de integración, más cercanía del usuario o cliente o al pueblo. Como dice el maestro de política Maquiavelo, “entre los regímenes, los buenos son poco duraderos y los duraderos no suelen ser buenos”. O Platón en La República: “Los buenos no quieren gobernar ni por dinero ni por honores. Para que gobiernen hay que castigarlos, y el mayor castigo es ser gobernados por otros peores que ellos”.

P.: *Ahora están muy en boga los procesos y manuales de calidad o de buenas prácticas. ¿Qué riesgos pueden tener, o por el contrario cómo pueden ayudar a los profesionales a hacer mejor su trabajo?*

R.: Creo que al hablar de procesos de calidad habría que distinguir dos enfoques. Uno, que sería el positivo, es aquel en el que la calidad es una ocasión para hacer eso de lo que hablábamos antes: Hablar de cuál es el sentido de lo que hacemos, ver cómo lo podemos hacer mejor entre todos, etc. Eso sería la auténtica calidad o la mejor práctica, esa

en la que se pudiese hablar en primera persona del plural, entre todos, y en la que se pudiese hablar y proponer de todo sobre nuestros trabajos. Ahora bien, la calidad parece más bien una moda, un factor de burocratización que nos hace perder mucho tiempo y que acaba imponiendo la dictadura de su propia terminología. Sin embargo, la ética trata de personas, que evidentemente tendrán que someterse a una disciplina, a elementos evaluables, etc., pero no se puede pretender que las personas sean procesos y que esos procesos estén definidos. Eso sucede con el diccionario, que da terminología y ayuda a resolver algunas dudas, pero no habla. La calidad, tal y como yo la experimentado, se parece más a un diccionario que a un proceso de mejora.

P.: *¿Cómo se complementan el sentido de la profesión y la vocación en situaciones como la mía? Soy ingeniero en la universidad, y antes dejé de ejercer la ingeniería en la industria, pero la profesión que me hubiera gustado es la de agricultor, que es a lo que me dedico en los fines de semana y el tiempo libre.*

R.: Esto tiene que ver con el tema de la identidad. Los ingenieros son ingenieros aunque nunca trabajen ingenieros, porque el trabajo que se realiza se puede ejercer de manera “ingenieril”. Ser agricultor es la vocación en este caso. El ideal sería que eso pudiera revertir sobre la semana, que salieran unas hortalizas fabulosas que sirvieran para alimentarse toda la semana. Hay gente que consigue esas cosas al final: que lo que le gusta se convierta en algo rentable y vivir de ello. La fórmula de la felicidad consistiría en que a uno le pagasen por hacer aquello que le gusta y que además es útil a otros. A eso no debería renunciar nadie, pero a veces se consigue y a veces no. Por eso, si esa fórmula de la felicidad no se acaba de lograr, al menos se logra que funcione a través del tiempo libre. Y sobre el cambio de profesión, me parece que una de las recetas que habría que dar a la próxima generación es que en esta sociedad muchas veces se acierta mejor a la segunda que a la primera.

P.: *¿Cómo se complementan la vocación y la ética profesional con la responsabilidad social corporativa que cada día es más demandada por la sociedad?*

R.: Las empresas, hoy por hoy, aún no tienen vocación pero evidentemente sí tienen responsabilidad, y eso es algo que se está asumiendo de una manera muy curiosa. Existe un “Global contract” lanzado por la ONU que establece unos principios de responsabilidad social corporativa, que en España han firmado el 80% de las PYMES. Ahora bien, ¿qué seguimiento se está haciendo de su cumplimiento? Como también decía Maquiavelo: “Al menos la apariencia conviene de vez en cuando”, pero si se quiere ser verdaderamente responsables corporativamente hay que hacer incidir en la supervisión de lo que se hace con el medio ambiente, con el trabajo de niños en otros países, etc. Se va haciendo poco a poco, pero ese seguimiento debe incrementarse.

P.: *¿Qué ocurre cuando la excelencia se vuelve “en tu contra” y lo que haces bien en el trabajo puede perjudicarte? Pienso en la encrucijada en la que a veces nos encontramos los funcionarios públicos, porque a veces uno se cuestiona si merece la pena trabajar más y mejor cuando el que trabaja menos o peor acaba cobrando lo mismo.*

R.: Hay que hacer un cálculo y también hay que dotarse de elementos de resistencia. La ética de la función pública está muy bien formulada en la teoría, pero en la aplicación práctica se choca con que o el plus de productividad se les da a todos, o hay lío con los sindicatos. En el fondo viene a ser algo parecido a lo de la calidad. Es decir, le tememos enormemente a la responsabilidad individual y la aprobación de conductas, y por eso se quiere homogeneizarlo todo con procesos de calidad, para no discriminar. Pero el gran problema de la ética es que necesariamente tiene que discriminar, decir que hay gente que lo hace bien y gente que no lo hace bien. Ahora bien, hay que hacer el cálculo de si uno puede permitirse decir eso o no. Pero incluso si no se puede, a uno le queda el llevarse el salario a casa sabiendo que es merecido. Ese es un pequeño elemento de resistencia, porque todos, incluso el que se esfuerza menos, en el fondo también preferiría merecérselo. Otra cuestión es qué le pasó a esa otra persona que no se lo merece, dónde y por qué empezó la cosa a no funcionar, esas historias también hay que escucharlas.

Y un último apunte, a propósito de algo que vengo percibiendo en la enseñanza pública en la periferia de Madrid. Las cosas funcionan cuando

hay tres o cuatro profesores, no hacen falta más, que van todos a una. La catástrofe se produce cuando cada cual está en su aula y no quiere saber nada del resto. ¿Quién nos ha dicho que sólo yo puedo mejorar? No sólo hay que trabajar mejor, sino que hay que decirle al otro que también trabaje lo suyo e invitarle a mejorar en ello.

